

Se puede juzgar de la verdad de esta triste pintura, por lo que pasa entre los creeks y los cherokees, que he citado. Estos indios, en lo poco que han hecho, mostraron seguramente tanto ingenio natural como los pueblos de Europa en sus más vastas empresas; pero así las naciones como los hombres tienen necesidad de tiempo para aprender, cualquiera que sea su inteligencia y sus anhelos. Mientras trabajaban aquellos salvajes por civilizarse, los europeos continuaban cercándoles por todas partes y estrechándolos más y más, hasta que al fin, hoy en día, entrambas razas se han encontrado y se tocan una á otra. El indio ya es superior á su padre el salvaje, pero todavía es muy inferior al blanco vecino suyo. Con el auxilio de sus recursos y de sus luces, los europeos no han tardado en apropiarse las más de las ventajas que podía proporcionar á los indígenas la posesión del terreno, se han establecido

unos cien individuos, entre los cuales, los más se preparaban á pasar á la Luisiana y al Canadá. Aquellos franceses eran gente honrada, pero sin cultura y sin industria, y habían contraído parte de los hábitos salvajes. Los americanos, que tal vez eran inferiores desde el punto de vista moral, tenían sobre ellos una inmensa superioridad intelectual: eran industriosos, instruidos, ricos y acostumbrados á gobernarse de por sí.

Yo mismo he visto en el Canadá, donde la diferencia intelectual entre las dos razas está mucho menos manifiesta, al inglés, dueño del comercio y de la industria en el país del canadiense, extenderse por todos lados y circunscribir al francés dentro de límites estrechísimos.

Asimismo, en la Luisiana, casi toda la actividad comercial é industrial se reconcentra en poder de los angloamericanos.

Alguna cosa todavía más extraordinaria pasa en la provincia de Tejas; este Estado pertenece, según es bien sabido, á Méjico, y le sirve de frontera por el lado de los Estados Unidos. Desde unos años á esta parte, los angloamericanos penetran individualmente en aquella provincia, todavía mal poblada, compran tierras, se apoderan de la industria y substituyen rápidamente á la población originaria, pudiéndose prever que si la república de Méjico no se apresura á atajar tal movimiento, no tardará en quedarse sin el Estado de Tejas.

Si algunas diferencias, comparativamente poco perceptibles en la civilización europea, traen consigo semejantes resultados, es fácil de comprender lo que debe verificarse cuando la civilización más perfeccionada de Europa entre en contacto con la barbarie india.

en medio de ellos, apoderándose de la tierra ó comprándola á precio ínfimo, arruinándolos con una competencia que estos últimos de ningún modo podían sostener. Los indios, aislados en su propio país, ya no formaban más que una pequeña colonia de extranjeros incómodos, entre un pueblo numeroso y dominador (1).

Wáshington había dicho, en uno de sus mensajes al Congreso: «Somos más ilustrados y poderosos que las naciones indias; á nuestro pundonor toca tratarlos con bondad y aun con generosidad».

Esta noble y virtuosa política no se ha seguido. A la codicia de los colonos se junta de ordinario la tiranía del gobierno. Y aunque los cherokees y los creeks se hallan establecidos en el territorio que habitan, desde antes de la llegada de los europeos, aunque los americanos hayan tratado á menudo con ellos como con naciones extranjeras, los Estados, en cuyo centro se encuentran, no han querido reconocerlos por pueblos independientes, y han puesto por obra someter á estos hombres, apenas salidos de sus selvas, á sus magistrados, á sus usos y á sus leyes (2). La miseria

(1) Véase en los *Documentos legislativos*, 21.º Congreso, núm. 89, los excesos de toda clase cometidos por la población blanca en el territorio de los indios. Tan pronto los angloamericanos invaden una parte del territorio indio, como si faltara la tierra en otra parte, y es menester que las tropas del Congreso vayan á expulsarlos, tan pronto roban las reses, quemán las casas, talan los frutos de los indígenas ó ejercen violencias en sus personas.

Resulta de todas estas piezas la prueba de que los indígenas son cada día víctimas del abuso de la fuerza. La Unión sostiene habitualmente entre los indios un empleado encargado de representarla. La relación del agente de entre los cherokees se halla entre las piezas que cito; el lenguaje de este funcionario es casi siempre favorable á los salvajes. «La intrusión de los blancos en el territorio de los cherokees—dice en la página 12—causará la ruina de los que allí habitan y que llevan una existencia pobre é inofensiva». Más adelante se ve que el Estado de Georgia, queriendo estrechar los límites de los cherokees, procede á un amojonamiento; el comisionado federal hace observar que no habiéndose verificado éste, sino por los blancos y no contradictoriamente, no tiene ningún valor.

(2) En 1829, el Estado de Alabama divide el territorio de los creeks en condados y somete la población india á magistrados europeos.

En 1830, el Estado de Missisipi asemeja los choctaws y los chie-

en que se encontraban aquellos desgraciados indios los había empujado hacia la civilización, y la opresión los echa hoy hacia la barbarie. Muchos de ellos, dejando sus campos medio desmontados, vuelven á tomar el hábito de la vida salvaje.

Si se atiende á las disposiciones tiránicas dictadas por los legisladores de los Estados del Sur, al modo de comportarse de sus gobernantes y las actas de los tribunales, habrá fácil conocimiento de que la expulsión completa de los indios es el objeto final á que se enderezan simultáneamente todos sus afanes. Los americanos de aquella parte de la Unión ven con envidia las tierras que poseen los indígenas (1); conocen que estos últimos no han perdido todavía completamente las tradiciones de la vida salvaje, y antes que la civilización los haya pegado sólidamente al terruño, quieren reducirlos á la desesperación y forzarlos á alejarse.

Oprimidos por los Estados particulares, los creeks y cherokees se han dirigido al gobierno central. Este no es insensible á los males que aquéllos padecen, y quisiera sinceramente salvar los restos de los indígenas y asegurarles la libre posesión del territorio que él mismo les ha garantido (2); mas cuando intenta ejecutar este propósito, los Estados particulares le oponen una resistencia formidable y entonces no le cuesta gran violencia resolverse á

kasas á los blancos, y declara que los que tomen el título de caudillo serán castigados con una multa de mil duros y un año de cárcel.

Cuando el Estado de que hablamos extendió así sus leyes á los indios chaetas que vivían en los límites, éstos se juntaron; su caudillo les dió á conocer cuál era la pretensión de los blancos y les leyó algunas de las leyes á que se les quería someter. Los salvajes declararon por unanimidad que más valía meterse de nuevo en los desiertos. (*Mississippi papers*).

(1) Los georgianos, que se hallan tan indispuestos con la vecindad de los indios, ocupan un territorio que aún no cuenta más que siete habitantes por milla cuadrada. En Francia hay ciento sesenta y dos individuos en el mismo espacio.

(2) En 1818, el Congreso dió orden para que visitasen el territorio de Arkansas comisionados americanos, acompañados de una diputación de creeks, choctaws y chiekasas. Esta expedición era mandada por MM. Kennerley, Coy Wash Hood y John Bell. Véanse las diferentes relaciones de los comisionados y su diario en los papeles del Congreso, núm. 87. (*House of representatives*).

dejar perecer algunas tribus salvajes, ya medio destruídas, por no poner en peligro la Unión americana (1).

Impotente para proteger á los indios, el gobierno federal quisiera, cuando menos, aliviar su suerte, con cuyo objeto ha emprendido la tarea de transportarlos á costa suya á otros lugares.

Entre los 33° y 37° de latitud Norte, se extiende una vasta comarca que ha tomado el nombre de Arkansas, á causa del río principal que la baña. Por un lado, linda con las fronteras de Méjico, y por el otro con las riberas del Missisipi. Una multitud de ríos y arroyos la surcan por todas partes. Allí no se encuentran más que algunas hordas errantes de salvajes. En la porción de aquel país más limítrofe con Méjico y á una gran distancia de los establecimientos americanos, el gobierno de la Unión quiere transportar los restos de las poblaciones indígenas del Sur.

Á fines del año 1831, se nos aseguró que diez mil indios habían ya descendido á los ribazos del Arkansas, y otros llegaban todos los días. Pero el Congreso aún no ha podido crear una voluntad unánime entre aquéllos cuya suerte tiene á empeño arreglar. Hay unos que consienten con júbilo alejarse del foco de la tiranía; los más ilustrados rehusan abandonar sus cosechas nacientes y sus nuevas moradas; piensan que si la obra de la civilización se interrumpiese, no se la reanudaré; temen que los hábitos sedentarios, apenas contraídos, se pierdan para siempre en medio de países aún salvajes, en donde nadie está preparado para la subsistencia de un pueblo cultivador; saben que hallarán en aquellos nuevos desiertos hordas enemigas, y para hacerles frente no tienen la energía de la barbarie, sin haber adquirido todavía las fuerzas de la civilización. Los indios descubren fácilmente todo lo provisional que reina en el establecimiento que se les propone. ¿Quién les asegurará, pues, que podrán al fin descansar en paz en su nuevo asilo? Los Estados Unidos se obligan á mantenerlos en él; pero el territorio que ahora ocupan se les había garantido en otro tiempo con los más solemnes juramentos (2).

(1) ¡Y nada de esto sonroja á la civilización!...—(*N. del T.*)

(2) Una cláusula del tratado hecho con los creeks, en 1790, dice así: «Los Estados Unidos garantizan solemnemente á la nación de los creeks todas las tierras que ella posee en el territorio de la Unión».

El tratado concluido en Julio de 1791 con los cherokees contiene

Verdad es que en el día de hoy el gobierno americano no les quita sus tierras, pero las deja invadir. Sin duda dentro de pocos años, la misma población blanca que al presente se apiña en derredor de ellos, irá á su alcance otra vez en las soledades del Arkansas; entonces volverán á encontrar los mismos remedios y llegando á faltarles la tierra tarde ó temprano, siempre les será preciso resignarse á morir.

Menos codicia y violencia hay, por cierto, en el modo de comportarse la Unión para con los indios que en la política seguida por los Estados; pero ambos gobiernos carecen igualmente de buena fe.

Los Estados, extendiendo lo que ellos llaman el beneficio de sus leyes, á los indios, cuentan con que éstos más querrán alejarse que someterse á él; y el gobierno central, prometiendo á aquellos infelices un asilo permanente en el Oeste, no ignora que no puede garantizárselo (1).

Así, pues, los Estados con su tiranía fuerzan á los salvajes á

---

lo que sigue: «Los Estados Unidos garantizan solemnemente á la nación de los cherokees todas las tierras que no han cedido anteriormente. Si sucediere que un ciudadano de los Estados Unidos ó cualquier otro individuo que no fuese indio se estableciera en el territorio de los cherokees, los Estados Unidos declaran que retirarán á aquel ciudadano su protección y le entregan á la nación de los cherokees para castigarle según ella quiera». Art. 8.º

(1) Eso no impide que se lo prometa del modo más formal. Véase la carta del presidente dirigida á los creeks el 23 de Marzo de 1829. (*Proceedings of the Indian Board in the city of New-York*, pág. 5). «Más allá del gran río (Missisipi), vuestro padre—dice—ha preparado para recibirnos allí un vasto país. En aquel lugar, vuestros hermanos los blancos no vendrán á perturbaros; no tendrán ningún derecho á vuestras tierras. Podréis vivir en ellas vosotros y vuestros hijos, en medio de la paz y de la abundancia, tanto tiempo cuanto crezca la yerba y cuanto corran los arroyos: *os pertenecerán para siempre*».

En otra carta escrita á los cherokees por el secretario del despacho de la guerra, á 18 de Abril de 1829, este funcionario les declara que no deben lisonjearse de conservar el goce del territorio que ocupan á la sazón; pero les da esta misma seguridad positiva para cuando estén del lado opuesto del Missisipi (la misma obra, pág. 6): como si el poder que ahora le falta no debiera faltarle igualmente entonces!

ahuyentarse y la Unión, por medio de sus promesas y la ayuda de sus recursos, hace fácil aquella fuga; estas son providencias diferentes que tienden al mismo fin (1).

«Por la voluntad de nuestro Padre celestial, que gobierna el universo—decían los cherokees en su petición al Congreso (2),—la raza de los hombres rojos en América se ha hecho pequeña, y la blanca, grande y afamada.

» Cuando vuestros antepasados arribaron á nuestras playas, el hombre rojo era fuerte, y, aunque ignorante y salvaje, los recibió bondadosamente y les permitió que posasen sus pies entorpecidos, en tierra seca... Nuestros padres y los vuestros se dieron la mano en señal de amistad y vivieron en paz.

» Todo cuanto pidió el hombre blanco para satisfacer sus necesidades, se apresuró el indio á concedérselo. Éste era entonces amo y aquél el suplicante. Hoy ha cambiado la escena: la fuerza del hombre rojo se ha vuelto debilidad. A proporción que se iban aumentando en número sus vecinos, disminuía su poder más y más, y ahora, de tantas tribus poderosas que cubrían la superficie de lo que llamáis los Estados Unidos, apenas quedan algunas que haya conservado el desastre universal. Las tribus del Norte, tan famosas antiguamente entre nosotros por su poderío, ya casi han desaparecido. Tal fué el paradero del hombre rojo en América.

» Viéndonos, pues, los últimos de nuestra raza, ¿nos es preciso también morir? Desde tiempo inmemorial, nuestro Padre común, que está en el cielo, dió á nuestros antepasados la tierra que ocupamos, y ellos nos la transmitieron como herencia suya. Nosotros

---

(1) Para formarse una idea exacta de la política seguida por los Estados particulares y por la Unión, con respecto á los indios, se ha de consultar: 1.º, las leyes de los Estados particulares, relativas á los indios (esta recopilación se halla en los *Documentos legislativos*, 21.º Congreso, núm. 319); 2.º, las leyes de la Unión relativas al mismo objeto y en particular, la del 30 de Marzo de 1802 (estas leyes se encuentran en la obra de M. Story, titulada: *Laws of the United-States*, y 3.º, en fin, para conocer cuál es el estado actual de las relaciones de la Unión con todas las tribus indias, véase la relación hecha por M. Cass, secretario del despacho de la guerra, á 29 de Noviembre de 1823.

(2) El día 19 de Noviembre de 1829. Este trozo está traducido textualmente.

la hemos conservado respetuosamente por cuanto contiene sus cenizas. ¿Esta herencia, pues, la hemos cedido ó perdido alguna vez? Permitidnos preguntaros con humildad, ¿qué derecho mejor puede tener un pueblo á un país, que el de herencia y la posesión inmemorial? Sabemos que el Estado de Georgia y el presidente de los Estados Unidos se empeñan hoy en sostener que hemos perdido tal derecho; pero esto nos parece un alegato gratuito, pues ¿en qué época los hubiéramos perdido? ¿Qué crimen hemos cometido que pueda privarnos de nuestra patria? ¿Nos echan en cara el haber combatido bajo las banderas del rey de la Gran Bretaña en tiempo de la guerra de la Independencia? Si este es el crimen que se nos imputa, ¿por qué razón en el primer tratado posterior á aquella guerra no declarásteis que habíamos perdido la libertad de nuestras tierras? ¿Por qué motivo no insertasteis entonces en aquel tratado un artículo concebido en estos términos: los Estados Unidos tienen á bien conceder la paz á la nación de los cherokees; mas para castigarlos de haber tomado parte en la guerra, está declarado que no se les considerará sino como arrendatarios del terreno y que se sujetarán á alejarse cuando los Estados circunvecinos pidan que así lo hagan? La ocasión era oportuna para hablar de este modo; pero á ninguno se le ocurrió entonces la especie, y nunca nuestros padres hubieran consentido en un tratado que tenía por objeto privarles de sus derechos más sagrados y de arrebatárles su país».

Este es el lenguaje de los indios; lo que dicen es verdad, lo que preven me parece inevitable.

Por cualquier lado que se mire el destino de los indígenas de la América del Norte, no se ve más que males irremediables: si permanecen salvajes, se les empuja delante de uno marchando; si quieren civilizarse, el contacto de los hombres más civilizados que ellos los entrega á la opresión y á la miseria; si continúan errando de desierto en desierto, perecen; si procuran hacerse sedentarios, también perecen; no pueden á menudo ilustrarse sino con el concurso de los europeos, y la aproximación de ellos los deprava y los rechaza hacia la barbarie; mientras se les deja en sus solitudes rehúsan cambiar de costumbres, y ya no es tiempo de hacerle cuando al fin se han visto lo bastante estrechados para quererlo.

Los españoles sueltan sus perros sobre los indios como sobre las fieras; saquean el Nuevo Mundo como á una ciudad tomada por asalto, sin discernimiento ni compasión; pero no se puede destruirlo todo, pues el furor tiene un término; lo demás de las poblaciones indias libradas de la encarnizada mortandad, se mezcla al cabo con sus vencedores, adoptando su religión y sus costumbres (1).

La conducta de los americanos de los Estados Unidos para con los indígenas respira, al contrario, el más puro amor de formas y de legalidad. Con tal que los indios se queden en el estado salvaje, no se mezclan aquéllos de ningún modo en sus asuntos y los tratan como á pueblo independiente, no permitiéndose ocupar sus tierras, sin haberlas adquirido debidamente por medio de un contrato; si por casualidad una nación india ya no puede vivir en su propio territorio, la agarran fraternalmente por la mano y la conducen ellos mismos fuera del país de sus mayores.

Los españoles, con monstruosidades sin par, cubriéndose de una afrenta indeleble, no pudieron conseguir exterminar la raza india, ni aun siquiera impedirle participar de sus derechos; los americanos de los Estados Unidos han alcanzado ambos resultados con admirable facilidad; tranquila, legal y filantrópicamente, sin derramar sangre, sin violar uno sólo de los grandes principios de la moral (2)

(1) Por lo demás, no se ha de atribuir semejante honor de este resultado á los españoles. Si las tribus indias no estuvieran ya fijadas en el territorio por medio de la agricultura al tiempo del arribo de los europeos, sin duda se habrían destruido, tanto en la América del Sur como en la del Norte.

(2) Véase, entre otros, el informe hecho por M. Bell á nombre de la Junta de los negocios indios, el día 24 de Febrero de 1830, en donde está establecido, pág. 5, con razones muy lógicas, y también probado sabiamente que: «los indios, en virtud de su antigua posesión, no han adquirido ningunos derechos de propiedad ni de soberanía, principio fundamental que nunca se ha abandonado, ni expresa ni tácitamente».

Al leer este informe, extendido por otra parte hábilmente, causa extrañeza la facilidad y el desembarazo con que, desde las primeras palabras, el autor prescinde de los argumentos fundados en el derecho natural y en la razón, que él llama principios abstractos y teóricos. Cuanto más recapacito sobre esto, tanto más soy de opinión

á los ojos del mundo. No cabe destruir los hombres, respetando mejor las leyes de la humanidad (1).

POSICIÓN QUE OCUPA LA CASTA NEGRA EN LOS ESTADOS UNIDOS (2)

RIESGOS QUE POR SU PRESENCIA CORREN LOS BLANCOS

Por qué es más difícil abolir la esclavitud y hacer desaparecer su huella entre los modernos que entre los antiguos.—En los Estados Unidos, la preocupación de los negros contra los blancos se hace, al parecer, más vehemente á proporción que se va disminuyendo la esclavitud.—Situación de los negros en los Estados del Norte y del Sur.—Por qué los americanos van aboliendo la esclavitud.—La servidumbre, que embrutece al esclavo, empobrece al amo.—Diferencias notadas entre la ribera derecha y la ribera izquierda del Ohio.—A qué se han de atribuir.—La casta negra retrocede hacia el Sur, como lo hace la esclavitud.—Cómo se explica esto.—Dificultad que encuentran los Estados del Sur para abolir la esclavitud.—Riesgos para lo venidero.—Aprensión de los ánimos.—Fundación de una colonia negra en Africa.—Por qué los americanos del Sur, al mismo tiempo que les repugna la esclavitud, acrecientan sus rigores.

Los indios morirán en el aislamiento, así como han vivido, pero el destino de los negros está en cierto modo entrelazado con el de los europeos. Entrambas razas están ligadas una con otra,

que la única diferencia que existe entre el hombre civilizado y el que no lo es, en punto á justicia, se reduce á que uno disputa á la justicia derechos que el otro se contenta con violar.

(1) ¡He aquí un pensamiento y una admiración dignos de aquel antiguo secretario de la república veneciana, fra Paolo Serpi, que, atento á su política de la razón de Estado, sentó principios de gran desahogo expeditivo, muy semejantes á los que se pudieran deducir de este admirable humanitarismo usado por los yanquis con las pieles rojas!—(N. del T.)

(2) Antes de tratar esta materia, soy deudor al lector de una advertencia. En un libro de que ya he hablado al principio de la presente obra, M. Gustavo de Beaumont, mi compañero de viaje, ha tenido por principal objeto el dar á conocer en Francia cuál es la po-

sin que por eso se confundan, siéndoles tan difícil separarse completamente como unirse. El más terrible mal que amenaza el porvenir de los Estados Unidos nace de la presencia de los negros en su territorio. Cuando se averigua la causa de los apuros presentes y de los riesgos futuros de la Unión, casi siempre se acude á este primer dato, sea cual fuere el punto de que se parta. Por lo general, necesitan los hombres de grandes y constantes esfuerzos para crear males duraderos, pero existe un mal que penetra en el mundo furtivamente, que al pronto, apenas se le entreeve en medio de los abusos ordinarios de la autoridad; se entabla por medio de un individuo cuyo nombre no le conserva la historia; se le planta como un germen maldito en algún punto del terreno; se nutre luego por sí mismo, se extiende sin esfuerzos, y crece naturalmente junto con la sociedad que le ha acogido: este mal es la esclavitud.

El cristianismo había destruído la servidumbre (1) y los cristianos del siglo XVI la restablecieron; pero, sin embargo, nunca la admitieron sino como una excepción en su sistema social, cuidando

sición de los negros en medio de la población blanca de los Estados Unidos. Su autor ha tratado á fondo una cuestión que mi asunto solamente me permite tocar por cima. Su libro, cuyas notas contienen crecidísimo número de documentos legislativos é históricos muy preciosos y enteramente desconocidos, presenta, además, cuadros cuya energía sólo la verdad puede igualarla. Deberán, pues, leer la obra de M. de Beaumont los que quieran conocer á qué excesos de tiranía son llevados poco á poco los hombres cuando principian á atropellar la naturaleza y la humanidad.

(1) No es cierto. Ni el mismo Jesucristo sentó como un postulado de derecho la abolición de la esclavitud, ni ninguno de los apóstoles la execraron, limitándose á sostener en este punto, que «el esclavo debe obedecer á su señor y éste ser dulce respecto á aquél»; San Crisóstomo, no obstante reconocer la humana injusticia que implica la existencia de la esclavitud, no abomina de ella. Los santos Padres, aunque á veces se muestran contrarios á la esclavitud, la precognizan, sin embargo, como un medio de ejercitar la paciencia. San Agustín, aunque la considera injusta á la luz del derecho natural, la estima justa como consecuencia que es, según él, del pecado. Santo Tomás admite la existencia natural y por ende justa, del que llama *poder despótico*, que es *el que tiene el señor sobre su esclavo*, y sostiene la existencia de la división de los hombres en diferentes grados, habiéndolos, en su opinión, tales, que carecen de razón y que sólo son á propósito para los trabajos serviles.—(N. del T.)

de limitarla á una sola casta humana. Así hicieron á la humanidad una herida menos grande, pero infinitamente más difícil de sanar.

Dos cosas se han de discernir esmeradamente: la esclavitud en sí misma y sus consecuencias.

Los males inmediatos producidos por la esclavitud eran, con poco más ó menos, los mismos entre los antiguos que lo son entre los modernos, pero sus resultas son diferentes. Entre aquéllos, el esclavo pertenecía á la misma casta que su amo y, muchas veces, le era superior en educación y en sabiduría (1).

Sólo la libertad los separaba: concedida ésta, se confundían con facilidad. Por consiguiente, los antiguos tenían un medio muy fácil de librarse de la esclavitud y de sus consecuencias, y era la manumisión, y cuando lo emplearon de una manera general, les dió buen resultado. Esto no es decir que en la antigüedad, destruída ya la servidumbre, dejaran de subsistir por algún tiempo sus huellas. Existe una preocupación natural que induce al hombre á despreciar á aquél que ha sido su inferior, aún por mucho tiempo después que se hizo igual suyo; á la desigualdad real que producen la riqueza ó la ley, siempre sucede una desigualdad imaginaria que tiene sus raíces en las costumbres; pero entre los antiguos, este efecto secundario de la esclavitud tenía un término. El liberto se asemeja tanto á los hombres de origen libre, que en breve se hacía imposible distinguirlo de ellos.

Lo más difícil que había entre los antiguos era modificar la ley; entre los modernos es cambiar las costumbres, y para nosotros empieza la dificultad real en donde la antigüedad la veía acabar. Esto proviene de que entre los modernos, el hecho inmemorial y fugitivo de la esclavitud se combina del modo más funesto con el hecho material y permanente de la diferencia de razas. El recuerdo de la esclavitud deshonorra la raza y ésta perpetúa el recuerdo de la esclavitud.

No hay africano que haya arribado libremente á las riberas del

(1) Es notorio que varios autores de los más célebres de la antigüedad eran ó habían sido esclavos; de este número son Esopo y Terencio. No siempre se tomaban los esclavos entre las naciones bárbaras; la guerra hacía siervos á hombres civilizadísimos.

Nuevo Mundo: de lo que se sigue, que todos aquéllos que allí se encuentran en nuestros días, son esclavos ó manumisos. Así, el negro, con la existencia, transmite á todos sus descendientes el signo exterior de su ignominia. La ley puede destruir la servidumbre, pero sólo Dios puede hacer desaparecer su señal.

El esclavo moderno no se diferencia solamente del amo por la libertad, sino también por el origen. Puede hacerse que sea libre el negro, pero no que deje de estar para con el europeo en la posición de un extranjero. Esto no es todo aún: á aquel hombre que nació en la bajeza, á aquel extranjero que ha sido introducido por la servidumbre entre nosotros, apenas le reconocemos los rasgos generales de la humanidad: su rostro nos parece espantoso, su inteligencia muy limitada, sus gustos son bajos, y no falta mucho para que le tomemos por un sér intermedio entre los brutos y el hombre (1).

Por consiguiente, los modernos, después de haber abolido la esclavitud, tienen todavía que destruir tres prejuicios mucho más incoercibles y más tenaces que ella, y son: el prejuicio del amo, el prejuicio de raza y, por fin, el prejuicio del blanco.

Nos es muy difícil á nosotros, que hemos tenido la ventura de nacer en medio de hombres á quienes la naturaleza había hecho semejantes nuestros y la ley nuestros iguales, nos es muy difícil, repito, el comprender cuál es el espacio intranspasable que separa al negro de América, del europeo, pero racionando por analogía, podemos tener una idea remota de esto. En otro tiempo hemos visto entre nosotros grandes desigualdades que no tenían sus raíces sino en la legislación. ¿Qué cosa más ficticia que una inferioridad puramente legal? ¿Qué cosa más contraria al instinto del hombre, que diferencias permanentes establecidas entre personas evidentemente iguales? Estas diferencias, no obstante, han subsistido durante siglos y subsisten todavía en mil lugares, dejando por todas partes huellas imaginarias, que el tiempo apenas puede borrar. Si la desigualdad creada solamente por la ley es tan difí-

(1) Para que dejaran los blancos la opinión que han adquirido de la inferioridad intelectual y moral de sus antiguos esclavos, sería menester que los negros cambiaran, y no pueden cambiar mientras subsista tal opinión.

cil de desarraigar, ¿cómo, pues, cabe destruir la que parece, á más de eso, tener sus fundamentos inmutables en la misma naturaleza?

Por mi parte, cuando considero con qué trabajo los cuerpos aristocráticos, de cualquiera índole que sean, llegan á refundirse en la masa general del pueblo, y el gran cuidado que ponen por conservar durante siglos las barreras ideales que de él los separan, dudo de llegar á ver desaparecer una aristocracia fundada en signos visibles é imperecederos. De modo que los que esperan que se confundirán algún día los europeos con los negros, me parece que forjan una quimera: mi razón no me induce á creerlo, y nada veo en los hechos, que me lo indique.

Hasta ahora, por donde quiera que los blancos han sido los más prepotentes, han sumido á los negros en el envilecimiento ó en la esclavitud, y por todas partes en que los negros han sido los más fuertes, han destruído á los blancos: esta es la única cuenta abierta entre las dos razas.

Si considero los Estados Unidos de nuestros días, bien veo que en cierta parte del país, la barrera legal que separa las dos razas propende á rebajarse, pero no la de las costumbres; diviso la esclavitud que se va alejando, pero la preocupación que la ha dado vida está inmóvil. ¿En la parte de la Unión en que ya los negros no son esclavos, se han aproximado á los blancos? Cualquiera que haya morado en los Estados Unidos habrá advertido un efecto contrario.

El prejuicio de raza me parece más vehemente en los Estados en que siempre fué desconocida la servidumbre. Es verdad que, en el Norte de la Unión, la ley permite á los negros y á los blancos contraer alianzas legítimas, pero la opinión declara infame al blanco que se una á una negra, y sería difícilísimo citar el ejemplo de un solo caso.

En casi todos los Estados en que está abolida la esclavitud, se han dado al negro derechos electorales, mas si se presenta para votar corre peligro su vida. Oprimido, puede quejarse, pero no halla más que blancos en sus jueces. La ley le permite llegar hasta sentarse en el banco de los jurados, pero le rechaza de él la preocupación de la gente. Su hijo está excluído de la escuela donde va á educarse el descendiente de los europeos. En los teatros no

puede, ni aun á peso de oro, comprar el derecho de ponerse al lado del que fué su amo; en los hospitales se le acuesta en local aparte. Se permite al negro implorar al mismo Dios que á los blancos, mas no rogarle ante el mismo altar: tiene sus sacerdotes y sus templos. No se le cierran las puertas del cielo; apenas, no obstante, si la desigualdad se detiene en el borde del otro mundo. Cuando muere el negro, se echan sus huesos por separado, y la diferencia de condiciones se vuelve á hallar hasta en la igualdad de la muerte. Así, pues, el negro es libre, pero no puede compartir ni los derechos, ni los placeres, ni los trabajos, ni los dolores, ni siquiera la tumba del que ha sido declarado su igual; no puede encontrarse en ninguna parte con él: ni en la vida ni en la muerte.

En el Sur, donde reina todavía la esclavitud, no se pone tanto cuidado en tener aparte á los negros, pues algunas veces comparten trabajos y placeres con los blancos, consintiendo éstos, hasta cierto punto, mezclarse con aquéllos. La legislación es allí más dura para con los negros, pero las costumbres son más tolerantes y más afables.

En el Sur, no teme el amo encumbrar hasta él á su esclavo, porque sabe que siempre podrá, si quiere, arrojarlo en el polvo. En el Norte, el blanco ya no ve claramente la barrera que debe separarle de una raza envilecida, y se aleja del negro con tanta más decisión cuanto más teme que llegue un día en que se confunda con él.

En el americano del Sur, la naturaleza, recobrando algunas veces sus derechos, restablece por un momento la igualdad entre los blancos y los negros. En el Norte, el orgullo hace callar hasta la pasión más imperiosa del hombre. El americano del Norte tal vez consentiría en hacer de la negra la compañera pasajera de sus placeres, á haber declarado los legisladores que ella no debe aspirar á partir con él su tálamo; pero puede llegar á ser su esposa, y entonces se aleja de ella con una especie de horror.

Así, pues, en los Estados Unidos, la preocupación que rechaza á los negros, parece acrecentarse á proporción que los negros dejan de ser esclavos y la desigualdad se graba en las costumbres á medida que se va borrando en las leyes.

Si la posición relativa de las dos razas que conviven en las poblaciones de los Estados Unidos es cual acabo de mostrarla, ¿por

qué los americanos han abolido la esclavitud en el Norte de la Unión, por qué la conservan en el Mediodía y de dónde proviene que agraven sus rigores?

Es fácil la respuesta. No por interés de los negros, sino por el de los blancos se destruye la esclavitud en los Estados Unidos.

Los primeros negros fueron importados en Virginia hacia el año 1621 (1).

En América, lo mismo que en todo lo demás de la tierra, la servidumbre nació en el Sur, desde donde se ha ido extendiendo sucesivamente; pero á medida que subía la esclavitud hacia el Norte, el número de esclavos iba disminuyéndose (2); siempre se han visto poquísimos negros en Nueva Inglaterra.

Estaban fundadas las colonias, ya había transcurrido un siglo, y un hecho extraordinario empezaba á atraer todas las miradas. Las provincias que no poseían, por decirlo así, esclavos, crecían en población, en riquezas y en bienestar más rápidamente que aquéllas que los tenían. En las primeras, sin embargo, el habitante estaba obligado á cultivar él mismo el terreno ó á alquilar los servicios de otro; en las segundas, hallaba á su disposición obreros cuyo trabajo no retribuía. Había, pues, trabajos y gastos por un lado, ocio y economía por otro; con todo eso, las ventajas

(1) Véase la *Historia de Virginia*. Véanse también en las Memorias de Jefferson, curiosas particularidades acerca de la introducción de los negros en Virginia, y sobre la primera acta que prohibió su importación en 1778.

(2) El número de esclavos era menor en el Norte; pero las ventajas procedentes de la esclavitud no eran allí más disputadas que en el Sur. En 1740, la legislación del Estado de Nueva York declara que se debe fomentar, en cuanto sea posible, la importación directa de los esclavos y castigarse severamente el contrabando, como que propende á desanimar al comerciante honrado. (*Kent's commentaries*, vol. II, pág. 206).

Hállanse en la colección histórica de Massachusetts, vol. IV, página 193, investigaciones curiosas de Belknap acerca de la esclavitud en Nueva Inglaterra, de las cuales resulta que desde 1630 se introdujeron los negros, pero que desde entonces también la legislación y las costumbres se mostraron opuestas á la esclavitud.

Véase asimismo en este lugar cómo la opinión pública y luego la ley, llegaron á destruir la servidumbre.

quedaban á los primeros. Este resultado era, al parecer, tanto más difícil de explicar, cuanto que los emigrados pertenecían todos á la misma raza europea, tenían los mismos hábitos, la misma civilización, las mismas leyes, y no se diferenciaban sino en variedades poco perceptibles.

Continuaba transcurriendo el tiempo: los angloamericanos, abandonando las márgenes del Océano Atlántico, se internaban cada día más en terrenos y climas nuevos; tenían que vencer obstáculos de diversa naturaleza; se mezclaban sus castas; hombres del Sur subían al Norte, y hombres del Norte descendían al Sur. En medio de todas estas causas, el mismo hecho se reproducía á cada paso; y, en general, la colonia en que no se hallaban esclavos se hacía más poblada y más próspera que aquélla en que se hallaba en vigor la esclavitud.

Á medida, pues, que se iba avanzando, se principiaba á entrever que la servidumbre, tan cruel al esclavo, era funesta al amo. Pero esta verdad recibió su última demostración al llegar á orillas del Ohío.

El río que los indios habían llamado por excelencia Ohío, ó Hermoso Río, baña con sus aguas uno de los más magníficos valles en que puede el hombre habitar. Por las dos riberas del Ohío se extienden terrenos ondulados, en cuyo paraje el suelo brinda todos los días al labrador con tesoros inagotables: en ambas riberas el agua es igualmente sana y el clima templado; cada una de ellas forma la extrema frontera de un vasto Estado; el que sigue á la izquierda las mil sinuosidades que describe el Ohío en su curso, se llama Kentucky; el otro, ha tomado su nombre del mismo río. Estos dos Estados no se diferencian más que en un solo punto: el Kentucky ha admitido esclavos, y el Estado de Ohío los ha arrojado de sí (1).

Según esto, el viajero que colocado en medio del Ohío, se deja llevar por la corriente hasta la desembocadura del río en el Missisipi, navega, pues, entre la libertad y la servidumbre, y no tiene

(1) No solamente el Ohío no admite la esclavitud, sino que prohíbe la entrada en su territorio á los negros libres y les prohíbe que allí adquieran algo. Véase los Estatutos del Ohío.

más que dirigir una mirada alrededor suyo para juzgar en un instante cuál es más favorable á la humanidad.

En la ribera izquierda del río, escasea la población; de cuando en cuando se ve aparecer alguna cuadrilla de esclavos que recorren con aire de indiferencia los campos medio desiertos; sin cesar reaparece la selva primitiva; se diría que está dormida la sociedad; el hombre parece ocioso; sólo la naturaleza presenta la imagen de la actividad y de la vida.

Por el contrario, en la ribera derecha se alza un rumor confuso que proclama á lo lejos la presencia de la industria; ricas mieses cubren los campos; elegantes moradas anuncian el gusto y los cuidados del labrador; por todas partes se revela el desahogo; el hombre parece rico y contento: trabaja (1).

El Estado de Kentucky se fundó en 1775, y el de Ohío sólo doce años después: doce años en América es más de medio siglo en Europa. Hoy día la población del Ohío excede ya en doscientos cincuenta mil habitantes á la del Kentucky (2).

Estos efectos diversos de la esclavitud y de la libertad se comprenden fácilmente y bastan para explicar muchas diferencias que se encuentran entre la civilización antigua y la de nuestros días.

En la ribera izquierda del Ohío se confunde el trabajo con la idea de la esclavitud; en la derecha, con la del bienestar y los progresos; en aquélla está degradado y en ésta, se le honra; en la primera no se pueden hallar obreros pertenecientes á la raza blanca, pues temerían parecerse á esclavos y hay que atenerse á los cuidados de los negros; en la segunda, esto es, en la ribera derecha del río, en balde se buscaría un ocioso, extendiendo el blanco á todos los trabajos su actividad y su inteligencia.

(1) No solamente el hombre de por sí mismo es activo en el Ohío, sino que el mismo Estado acomete inmensas empresas: el Estado de que hablamos ha establecido, entre el lago Erie y el Ohío, un canal, por cuyo medio el valle de Misisipi comunica con el río del Norte. Gracias á aquel canal, las mercancías de Europa que llegan á Nueva York pueden descender por agua hasta Nueva Orleans, atravesando más de quinientas leguas de continente.

(2) Cantidad exacta conforme al padrón de 1830: Kentucky, 688.844; Ohío, 937.679.

Así, pues, los hombres que en el Kentucky están encargados de explotar las riquezas naturales del terreno, carecen de celo y de luces, mientras que los que pueden tener ambas cosas, nada hacen ó pasan al Ohío con el fin de utilizar su industria y poder ejercerla sin rubor. Verdad es que en Kentucky los amos hacen trabajar á los esclavos, sin estar precisados á pagarlos; pero sacan pocas utilidades de su trabajo, al paso que el dinero que darían á los obreros libres reaparecería con usura en el precio de su labor. Al obrero libre se le paga; pero trabaja más pronto que el esclavo, y la rapidez de ejecución es uno de los mayores elementos de economía. El blanco vende sus servicios, pero no los compra sino cuando son útiles; el negro nada tiene que reclamar en pago de sus servicios; mas es preciso alimentarle en todo tiempo, es menester sostenerle, así en su vejez como en su edad madura, tanto en su estéril infancia como durante los años fecundos de su juventud, lo mismo en tiempo de enfermedad que en salud. Así que sólo pagando se logra el trabajo de estos dos hombres: el obrero libre recibe un salario; el esclavo una educación, alimentos, cuidados y vestidos; el dinero que gasta el amo para el sostenimiento del esclavo, se va poco á poco y al por menor, de modo que apenas se repara en ello; el salario que se da al obrero se entrega de una vez y, al parecer, sólo enriquece al que lo recibe; pero en realidad el esclavo ha costado más que el hombre libre y sus trabajos han sido menos productivos (1).

La influencia de la esclavitud se extiende todavía más lejos, pues penetra hasta en el alma misma del amo é imprime una dirección particular á sus ideas y á sus gustos.

En las dos riberas del Ohío, la naturaleza ha dado al hombre

(1) Prescindiendo de estas causas, que por donde quiera que abundan los obreros libres hacen su trabajo más productivo y más económico que el de los esclavos, se debe señalar otra, propia de los Estados Unidos; en toda la superficie de la Unión no se ha encontrado aún el medio de cultivar con éxito la caña dulce, sino en las márgenes del Misisipi, cerca de la desembocadura de este río en el Golfo de Méjico. En la Luisiana, el cultivo de la caña dulce es sumamente ventajoso; en ninguna parte el labrador saca tan crecido precio de sus trabajos, y como siempre se establece cierta relación entre

un carácter emprendedor y enérgico, pero cada lado del río da á esta calidad común una dirección diferente.

El blanco de la ribera derecha, obligado á vivir por su propio trabajo, ha colocado en el bienestar material el objeto principal de su existencia, y como el país que habita presenta á su industria inagotables recursos y ofrece á su actividad estímulos siempre renovados, su afán de adquirir ha traspasado los límites ordinarios de la codicia humana; atormentado por el ansia de riquezas, se le ve entrar con audacia en todas las vías que le abre la fortuna; se hace indiferentemente marino, plantador, fabricante, labrador, soportando con igual constancia los trabajos ó los peligros anejos á estas diferentes profesiones; hay alguna cosa de pasmoso en los recursos de su ingenio y una especie de heroísmo en su avidez de ganancia.

El americano de la ribera izquierda no menosprecia solamente el trabajo, sino todas las empresas que con él se consiguen; viviendo en un ocioso desahogo, tiene los gustos de los hombres ociosos; el dinero ha perdido una parte de su valor á sus ojos; va menos tras el ahorro que tras la bulla y el placer, llevando hacia este lado la energía que despliega su vecino en otra dirección; gusta apasionadamente de la caza y de la guerra; se recrea con los ejercicios más violentos del cuerpo; le es familiar el uso de las armas y desde su infancia, ha aprendido á arriesgar su vida en combates singulares. La esclavitud, pues, no impide solamente á los blancos hacer fortuna, sino que los separa de querer hacerla.

Desde dos siglos acá, obrando continuamente las mismas causas en sentidos contrarios, en las colonias inglesas de la América

---

los gastos de la producción y los productos, el precio de los esclavos es muy subido en la Luisiana. Así es que siendo éste uno de los Estados confederados, pueden transportarse allí esclavos de todas las partes de la Unión; luego el precio que se da por un esclavo en Nueva Orleans hace subir el de los esclavos en todos los demás mercados, resultando de esto, que en los países en que la tierra produce poco, los gastos del cultivo mediante esclavos, continúan siendo muy considerables, lo que da una gran ventaja á la competencia de los obreros libres.

Septentrional, han creado al fin una diferencia prodigiosa entre la capacidad comercial del hombre del Sur y la del hombre del Norte. En el día de hoy, sólo el Norte, posee navíos, manufacturas, caminos de hierro y canales. Esta diferencia se advierte, no sólo comparando el Norte y el Sur, sino también comparando entre sí los habitantes del Sur. Casi todos los hombres que en los Estados más meridionales de la Unión se dedican á empresas comerciales y procuran no utilizar la esclavitud, vinieron del Norte; cada día las gentes de esta comarca se esparcen por aquella parte del territorio en que es menos de temer para ellas las competencias; allí descubren recursos que no traslucían los habitantes y doblegándose á un sistema que desapruaban, llegan á sacar de él mejor partido que los que aún le sostienen después de haberle fundado.

Si yo quisiera llevar más adelante el paralelo, me sería fácil probar que casi todas las diferencias notadas entre el carácter de los americanos del Sur y del Norte tuvieron origen en la esclavitud; pero eso sería salir de mi asunto, pues ahora lo que hago es indagar cuáles son todos los efectos que produce en la prosperidad material de los que la han admitido.

Esta influencia de la esclavitud en la producción de las riquezas no podía ser conocida de la antigüedad sino imperfectísimamente.

La servidumbre existía entonces en todo el universo culto, y los pueblos que no la conocían eran unos bárbaros. Por eso el cristianismo no destruyó la esclavitud sino haciendo valer los derechos del esclavo, y en nuestros días se la puede atacar en nombre del amo, puesto que se hallan de acuerdo el interés y la moral.

A medida que asomaban estas verdades en los Estados Unidos, se veía la esclavitud desaparecer poco á poco ante la luz de la experiencia. La servidumbre había empezado en el Sur y se había extendido hacia el Norte, y hoy se retira. La libertad originaria del Norte descende sin detenerse hacia el Sur. Entre los grandes Estados, la Pensilvania forma actualmente el extremo límite de la esclavitud hacia el Norte; pero en aquellos mismos límites está debilitada; Maryland, que se encuentra inmediatamente por debajo de Pensilvania, se está preparando todos los días á prescindir de

aquella, y ya la Virginia, que sigue á Maryland, discute su utilidad y sus riesgos (1).

No se hace gran mudanza en las instituciones humanas sin que entre las causas de este cambio no se descubra la ley de las sucesiones. Cuando reinaba en el Sur la desigualdad de particiones en los haberes hereditarios, cada familia era representada por un hombre rico que no experimentaba más la necesidad que el amor al trabajo; en torno de él vivían de igual modo, como otras tantas plantas parásitas, los miembros de su familia á quienes la ley había excluído de la herencia común: veíanse entonces en todas las familias del Sur, lo que todavía se ve en las familias nobles de ciertos países de Europa, en donde los hijos menores, sin tener la misma riqueza que el mayor, permanecen tan ociosos como él. Estos efectos semejantes, los producían en América y en Europa causas enteramente análogas. En el Sur de los Estados Unidos, la raza entera de los blancos formaba un cuerpo aristocrático, á cuyo frente descollaba cierto número de individuos privilegiados, cuya riqueza era permanente y hereditarios los ocios. Aquellos jefes de la nobleza americana perpetuaban en el cuerpo de que eran representantes, las preocupaciones tradicionales de la raza blanca y mantenían la ociosidad como un honor. Entre los miembros de aquella aristocracia podía haberlos pobres, pero no trabajadores; en ella parecía preferible la miseria á la industria, y por eso los obreros negros y esclavos no hallaban competidores; sucediendo que cualquiera que fuese la opinión que se pudiera tener sobre la utilidad de su trabajo, era necesario emplearlos, puesto que no había otros obreros.

(1) Hay una razón particular que acaba de desprender de la causa de la esclavitud á los dos últimos Estados aquí mencionados. La antigua riqueza de aquella parte de la Unión se fundaba principalmente en el cultivo del tabaco, para el cual, siendo más adecuados los esclavos, sucede que desde hace muchos años el tabaco va perdiendo su valor en venta; sin embargo de que el de los esclavos siempre queda el mismo. Así, la relación entre los gastos de producción y los productos, está muy modificada. Por esto, los habitantes de Maryland y Virginia están ahora más dispuestos que lo estaban treinta años hace, ya á pasarse sin esclavos en el cultivo del tabaco, ya á abandonar al mismo tiempo este cultivo y la esclavitud.

Al punto que se abolió la ley de las sucesiones, todos los caudales comenzaron á disminuirse simultáneamente, acercándose todas las familias por idéntico impulso á la situación en que se hace preciso el trabajo para la existencia; muchas de ellas desaparecieron enteramente; todas previeron el momento en que necesitaba proveer cada uno de por sí á sus necesidades. Aún hoy se ven ricos; mas ya no forman un cuerpo compacto y hereditario, no habiendo podido adoptar un espíritu, perseverar en él y hacerle penetrar en todas las clases. Han comenzado, pues, á desechar de común acuerdo la preocupación que hacía denigrante el trabajo; hubo más pobres, y los pobres pudieron, sin avergonzarse, ocuparse de los medios de ganar su vida. Así, uno de los efectos más próximos de la igualdad de particiones fué crear una clase de obreros libres. No bien el obrero libre entró en competencia con el esclavo, se observó la inferioridad de este último y se contrarrestó la esclavitud en su mismo principio, que es el interés del amo.

Según se va alejando la esclavitud, la raza negra la sigue en su marcha retrógrada y se vuelve con ella hacia los trópicos, de donde vino originariamente.

Esto puede parecer extraordinario al pronto, pero no se tarda en concebirlo. Abolviendo los americanos los principios de la servidumbre, no ponen á los esclavos en libertad. Tal vez costaría trabajo comprender lo que sigue, á no citar yo un ejemplo, y escogeré el del Estado de Nueva York. En 1788, este Estado prohibió en su seno la venta de esclavos, lo que era de un modo subrepticio prohibir su importación. Desde este momento no se acrecienta ya el número de negros sino según el aumento natural de la población negra. Pasados ocho años se toma una providencia más terminante y se declara que desde el día 4 del mes de Julio de 1799, todos los hijos que nazcan de padres esclavos serán libres. Todos los medios de acrecentamiento desaparecieron; hay todavía esclavos, pero se puede decir que ya no existe la servidumbre. Desde la época en que un Estado del Norte prohíbe así la importación de los esclavos, ya no se sacan negros del Sur para transportarlos allí. Desde el instante que un Estado del Norte prohíbe la venta de los negros, el esclavo, no pudiendo ya salir del poder de quien lo posee, se hace una propiedad incómoda y se tiene interés en transportarlo al Sur. El día en que un Estado del Norte declara